

LIMADURAS

—La actividad del Director diocesano del la "Obra de los Catecismos," habrá de desenvolverse dentro de la esfera indicada por el Sr. Delegado de S. Santidad. Y no por imposición superior, sino por exigencia natural del problema. Con un programa tan perfectamente puntualizado, no perderemos el tiempo en infructuosos ensayos y habremos adelantado la mitad del camino que hemos de recorrer.

—Los programas iniciales, por ventajosos que sean, están muy lejos de precisar todos los detalles que entraña la vida real. Cuanto más se profundiza en las cuestiones de carácter social, tanto más se perciben las enormes dificultades de que están erizadas.

—Es posible que se agranden los obstáculos en fuerza de su repetido encarecimiento. Lanzarse al campo, dispuestos a vencer o a morir en la demanda, rendiría frutos más positivos que vivir entregados a planear una estrategia tan complicada como estéril en resultados tangibles y de práctica aplicación. Alguien ha dicho y con sobrada razón que "el progreso lo realiza el hombre que obra, no el que discute cómo se debieran hacer las cosas."

—Hay muchos modos de propugnar teorías absurdas. En cualquier campaña, medianamente organizada, se requiere un conocimiento preciso del terreno en que se ha de desarrollar la batalla, y una apreciación exacta de los recursos con que cuenta el enemigo. Prescindir de estos datos, es marchar a un descalabro seguro. Un capitán, dice un postulado de táctica militar, puede ser vencido, pero nunca debe ser sorprendido.

—No conviene extremar las analogías. Una cosa es la milicia y otra muy diferente el apostolado católico.

—Los extremos, en efecto, siempre son viciosos. Afortunadamente, nos hemos mantenido en el medio que es la norma constante de la virtud. Para evangelizar un pueblo es preciso conocerle previamente. Ciertamente que los hombres son en todas partes los mismos; sin embargo, no cabe negar que sufren grandes modificaciones por la influencia del medio en que se mueven. No

tratamos de evangelizar a seres imaginarios sino a hombres reales, vivos que nos encontramos todos los días en la calle, en las plazas, en el campo, en los comercios, en las industrias... en las diferentes situaciones concretas que constituyen la vida moderna. La catequesis habrá de dirigirse a ilocanos, tagalos, visayas, bicoles cagayanes, &c. y no así a carga cerrada, sino a los tagalos de tal pueblo, de tal barrio, de tal apellido o familia. La adaptación, en la enseñanza, es una de las normas más importantes de toda pedagogía racional y fecunda.

—Las razones que prueban demasiado, no prueban nada. La lógica reclama que llevemos esa tesis a sus últimas consecuencias es decir, al conocimiento de todos y de cada uno de los individuos, a quienes se dirige la enseñanza.

—Ese es el ideal hacia el que hemos de aproximarnos cuanto nos sea dado, para que la enseñanza reporte los mayores rendimientos. Ello preexige un estudio serio y detenido de las diferentes parroquias de cada una de las diócesis. Y de este estudio es del que venimos hablando.

—Hemos preconizado la centralización en la persona de un Director diocesano y no parece armonizarse muy cumplidamente la teoría del Director unipersonal con el fraccionamiento que supone el conocer la fisonomía propia de cada parroquia, llamada con justicia, la célula del organismo sobrenatural de la Iglesia católica.

—No hay oposición de ningún género. La unidad de dirección comunica unidad al pensamiento y a la acción catequística que debe marchar siempre, fija, inflexible, hacia un fin único, supremo, redimir las almas de las tinieblas de la ignorancia. Pero esa unidad fundamental es perfectamente compatible con todas las modalidades que puedan ofrecer los diferentes medios ambientes en que se desarrolle la vida católica de nuestra patria. Los principios, con ser siempre idénticos, admiten gran variedad en sus derivaciones prácticas y concretas. Es regla general aplicable a todos los órdenes de la vida y del pensamiento humano. Y de modo preferentes, al orden

social y religioso.

—La psicología de los diferentes pueblos de Filipinas está estudiada desde hace ya mucho tiempo. Bastará atenernos a las conclusiones plenamente demostradas, sin que sea necesario abrir nuevas investigaciones.

—Esta suerte de conocimientos no se adquiere en los libros; es preciso demandarlos de quienes están en posesión de la realidad de la vida. Conocer una parroquia implica una serie de observaciones detenidas, sinceras, íntimas, verificadas por personas hábiles y que sepan dar a los fenómenos sociales la significación real que, en justicia, les corresponde. Conocer una parroquia es saber las condiciones en que viven sus habitantes: la clase de trabajos a que se dedican, la prensa que leen, las costumbres buenas o malas que los dominan. Es conocer el número de personas que se acercan a la iglesia y frecuentan los sacramentos; es apreciar las necesidades más urgente de la localidad y los sentimientos que más vivamente la afectan. El conocimiento de una parroquia debe abarcar todos aquellos fenómenos que pueden tomarse como punto de apoyo para una campaña de apostolado católico que debe ser recibida con simpatía por el pueblo. El don inapreciable de la oportunidad depende, en gran parte, del conocimiento que se tenga acerca de las condiciones de la parroquia.

—De donde se infiere que las famosas leyes del apostolado moderno a que, repetidas veces, nos hemos referido, son sustancialmente incompletas. Nada se había hablado acerca del estudio fisionómico de las diferentes localidades en que se ha de desarrollar la acción católica."

—Todo lo que hemos dicho respecto de este punto, está virtualmente contenido en la segunda ley que tiene por objeto regular la división del trabajo.

E. L. FERREIRO.

